

tendieron su infeccion á todas las clases de la república y de la gerarquía (1). Allí fué donde escribió su tratado contra la confesion secreta; que llama cruel invencion de los Papas y verdugo de las conciencias; y la respuesta al doctor Látomo, en la que sostiene mas afirmativamente que nunca, que Dios manda á los hombres lo que les es absolutamente imposible y que aun en el bien que obra en ellos no contribuyen en cosa alguna mas que por el pecado que cometen en toda especie de buenas obras; y sus tratados contra el celibato de los clérigos y frailes, los cuales comenzaron desde luego á romper las barreras de los claustros, introduciendo en el santuario, bajo el nombre de matrimonio, el escándalo de la deshonestidad y de la apostasia, del incesto y del sacrilegio. En aquella nueva Patmos fué asimismo donde Lutero, instruido por el príncipe de las tinieblas, como él se gloria de ello en el fervor de su fanatismo, compuso contra las misas privadas una obra amplificando lo que habia tocado sobre estas materias en su libro del Cautiverio de Babilonia. No solamente afirmó que la misa es un sacrificio que de nada sirve para los muertos, que no hay Purgatorio, que la transubstanciacion es una quimera, sino tambien que no hay diferencia alguna real entre los sacerdotes y los legos, que cada uno en la Iglesia tiene la misma potestad, tanto de consagrar como de administrar los Sacramentos y de enseñar; que solamente por el orden y la decencia se comete este ejercicio á los ancianos, los que, conforme á la verdad y segun la etimología, son los presbíteros y los obispos (2). Todos estos delirios, de un cerebro desorganizado por las efervescencias del orgullo, eran recibidos como oráculos. Fundado en

(1) Luth. t. 2.

(2) *Id.* t. 7, fol. 236 etc.

esta autoridad, que arrastró á los doctores de Witemberg, el elector de Sajonia, con dictamen de estos, hizo abolir inmediatamente las misas rezadas en aquella ciudad, y muy poco despues en todos sus Estados.

Sin embargo, no todo lisongeaba al solitario de Patmos. Si el poder de sus ciegos protectores le ponía á cubierto de los castigos señalados en el edicto imperial, siempre le resultaba una infamia sensible á su orgullo, y muy contraria á los progresos de su doctrina. Pero lo que derramó sobre su corazon tal vez mas amargura, fué la condenacion que en estas circunstancias fulminó contra él la universidad de Paris, á la que él hacia superior á todas las sociedades sábias, y hasta la habia propuesto por juez de sus mismas diferencias con la Santa Sede. La censura era fulminante (1521): proscribía, en mas de cien proposiciones, la doctrina de este novador, como execrable, herética; cismática, impía y blasfema (1). Y estas notas infamatorias no eran palabras proferidas á bulto; iban fundadas sobre un exacto y profundo exámen, sobre citas precisas, sobre unas esplicaciones llenas de sabiduría, sobre un encadenamiento de razones y de pruebas sin réplica. Demostraban además, con tanta exactitud como erudicion, que este nuevo evangelista no era mas que un impudente copiante de los hereges mas desacreditados: que renovaba los errores y blasfemias de los husitas, wiclefistas, valdenses, beguardos, albigenses, y hasta los de los maniqueos y antiguos gnósticos: que sus producciones, en fin, hervian en tantas impiedades, que solo podian ser comparadas al Corán.

Al saber esta censura, todas las alabanzas prodigadas hasta entonces por Lutero á la universidad de Paris se convirtieron en torrentes de injurias que escitaron la indig-

(1) D'Argentr. *Collect. jud.* p. 365 et seq.

nacion aun entre sus mismos parciales, en todos aquellos cuya cabeza no habia él infatuado hasta el punto de arrancar de su alma todo sentimiento de honradez. En su boca ya no fué en adelante aquella escuela la depositaria y dispensadora de los verdaderos tesoros de la teología, sino una chusma de malvados revestidos del nombre de doctores, una chusma de corrompedores sacrilegos de las ciencias sagradas, los mas ignorantes y estúpidos de todos los hombres, faltos de discernimiento, de sentido comun, de todo género de talentos; tales, en una palabra, concluía, que no eran dignos de que él se ocupase en refutarlos. Felipe Melancton fué encargado de esta respuesta; y ministro servil de los furros que le causaban las mas crueles inquietudes, no dejó de intitularla: «Apología en favor de Lutero contra el decreto furioso de los teologastros de Paris.» Por el estilo del título puede juzgarse de la obra que no le desmiente. Lutero publicó luego un escrito, en que fingiendo refutar el de Melancton en nombre de los doctores franceses, les hacia decir toda suerte de necedades á fin de ridiculizarlos. Naturalmente no era Lutero mas á propósito para manejar el engaño que Melancton para dejarse arrebatar del furor; pero es propio del espíritu de secta depravar hasta los talentos naturales.

Era difícil añadir á las injurias vomitadas contra los doctores parisienses, y solo era capaz de esto el espíritu de Lutero, en quien se hallaba para el efecto un fondo inagotable de hiel y de amargura. Esto fué lo que hizo casi al mismo tiempo contra una cabeza augusta y ceñida de una de las primeras diademas. El horror de sus impiedades era tan general entre todos los fieles que conservaban alguna religion de sus padres, que Enrique VIII, á quien veremos en breve socavar los fundamentos de ella en la Gran Bretaña, llevó el ardor efímero de

su celo hasta escribir contra él, despues de haber pedido religiosamente al Papa el permiso de leer los libros prohibidos que queria refutar (1). ¿Quién no hubiera esperado las mas felices consecuencias de un paso tan ejemplar? Pero no tuvo otro efecto duradero que el título de *defensor de la fé*, que le concedió en recompensa el Vicario de Jesucristo, y que el mismo Jesucristo quiso al parecer dejar como un testimonio contra este príncipe y sus sucesores, que le conservan despues de haber abandonado la misma fé, cuyo premio fué. Si antes Lutero se habia manifestado iracundo, despues que por el rey de Inglaterra fué calificado de herege é impío, no tanto se dió á conocer por un espíritu vengativo que se alucina, como por un frenético, por un hombre tocado de una especie de rabia, cuyos excesos le hicieron proferir todo cuanto en la brutalidad y la insolencia se vé mas desordenado.

Estableciendo por principio que no se debe mayor consideracion y respeto á las testas coronadas que al mas vil populacho, y reduciendo inmediatamente á práctica esta máxima sediciosa, ensucia casi todas sus páginas con injurias atroces, con ironías burlescas, con *mentis* ignominiosos, concluyendo despues con estas para él triunfantes razones: «¡empezais ya á avergonzaros, vos Enrique, vos no ya rey sino sacrilego (2)?» Mofándose en seguida de la Religion del mismo modo que de la diadema, repite lo que tenia dicho de la transubstanciacion, que hasta entonces habia reputado indiferente, dejándolo al capricho de sus sectarios. «Pero ahora, prosigue, transubstancio mi opinion, y sostengo que es una impiedad, que es una blasfemia afirmar que el pan es transubstanciado en la Eucaristia.»

(1) Sleid. *Comment.* l. 3. p. 73.(2) *Contra Reg. Angl.* l. 7. c. 1.

cho de los papistas quiero creer que el pan y el vino perseveran en ella. Entre las variaciones continuas de que se reprende á esta reforma destructora y que, independientemente del motivo, la imprimen por sí solas el carácter de la subversion, hay una infinidad de ellas que tuvieron así por único principio el despecho y el capricho, junto con el placer de hacer burla del Papa y de los católicos.

La cosa pasó tan adelante en la sola contienda de Lutero con Enrique VIII, que Erasmo, el indiferente ó político Erasmo, no pudo guardar silencio con Melanchton. «No puedo menos de indignarme, le dice (1), al ver que todo cuanto Lutero se empeña en sostener, lo lleva hasta el extremo: si se le amonesta, lejos de suavizarse, se precipita en nuevos excesos, y parece no llevar otro designio que el de pasar á excesos todavía mayores. Por sus escritos conozco las fogosidades de su humor, lo mismo que si viviese en su compañía. El pincel de Homero no pinta mejor la cólera del implacable Aquiles.»

La guerra que se encendió en estas circunstancias entre el emperador Carlos V y el rey Francisco I, para durar casi tanto como sus reinados con grave daño de su poder respectivo y de su comun religion, hizo perder de vista la defensa de la Iglesia, y haciendo impune la insolencia del heresiarca, facilitó prodigiosamente la propagacion de su heregía. El Padre comun tomó tanto interés en el éxito de esta contienda, que, segun se dice, habiendo llegado á su noticia el suceso extraordinario de la liga imperial, en la que él mismo se habia empeñado contra los franceses, la alegría de esta nueva le causó tal revolucion, que cayó enfermo con calentura, de la cual murió poco despues. Otros preten-

(1) Erasm. l. 19, ep. 2.

den que fué envenenado. Sea lo que fuere, murió casi repentinamente el primer dia de diciembre de 1521, á la edad de cuarenta y cuatro años solamente. Habia ocupado la Silla de San Pedro ocho años, ocho meses y veinte dias. Leon X, segun Paulo Jovio, conservó las costumbres intactas desde la infancia hasta el Pontificado: mas luego que fué Papa, segun el mismo historiador y algunos otros (1), entregado su natural condescendiente y fácil á cortesanos que solo le proponian diversiones y placeres, su propia inclinacion al lujo y á la profusion, su mismo afecto á las letras, y sobre todo á las ficciones profanas y pinturas deliciosas de la poesia, le empeñaron en ciertos procedimientos equívocos que al menos empañaron la pureza de su anterior reputacion. En cuanto al renacimiento de las letras que se le atribuye generalmente, le censuran tambien de haber hecho mas aprecio de las artes de gusto y de la erudicion profana que de las ciencias eclesiásticas, y aun de haber olvidado algunas veces en este punto la gravedad pontificia.

Tuvo por sucesor al cardenal Adriano Florencio, obispo de Tortosa en Cataluña, donde se hallaba muy tranquilo cuando fué elegido, circunstancia que hizo mirar su eleccion como una obra milagrosa y dirigida por el cielo; mas las eficaces diligencias de Carlos V, de quien Adriano habia sido digno preceptor, fueron los resortes que sirvieron á la Providencia para llevarla á efecto. Este príncipe, despues de haber prometido su proteccion al ambicioso cardenal de Volsey, primado y ministro de Inglaterra, para ocultar mejor su designio, hizo obrar tan secreta y eficazmente en el cónclave, que Adriano, ausente, estrangero, sin esplendor de cuna y sin grande habilidad, tuvo el 9 de enero de 1522 las dos terceras partes de

(1) Guicc. Oauphr. Vict. Ciacon.

los votos del cónclave, cónclave que fué el mas numeroso de cuantos hasta entonces se habian visto, pues se hallaron en él treinta y nueve cardenales. Adriano habia nacido en Utrech, de padres oscuros y tan poco afortunados, que no pudo seguir sus estudios sino por medio de una fundacion establecida en Lovaina para estudiantes pobres. Obtuvo despues una cátedra de teología en aquella universidad, la dignidad de vicescanciller y la de dean de la iglesia de San Pedro. Este mismo dean de Lovaina fué el asociado al cardenal Gimenez en la regencia de Castilla, en la cual este hombre superior no hizo de su cólega mas que el ejecutor subalterno de sus voluntades; pero muerto el cardenal Gimenez permaneció solo gobernador de aquel reino. Luego que le dieron la noticia de su eleccion, tomó los hábitos pontificales y se hizo llamar Adriano VI contra un uso muy antiguo de sus predecesores, los cuales por espacio de quinientos años habian todos mudado sus nombres. Embarcóse para Italia en 2 de agosto de este mismo año de 1522, y tuvo un viento tan favorable, que el dia 30 hizo su entrada en el Vaticano, y al dia siguiente fué coronado en la iglesia de San Pedro.

No tenia Adriano las cualidades brillantes de su predecesor; pero hizo ver que la Cabeza misma de la Iglesia, por medio de un juicio recto y de los dones sobrenaturales del espíritu de Dios, podia servirla mas útilmente que los hombres mucho mas dotados de talentos humanos. Leon X habia autorizado la venalidad de los empleos y oficios de la corte romana: en el poco tiempo que Adriano gobernó la Iglesia, que no fué mas de un año, contando desde su exaltacion al trono hasta su muerte, suprimió esta venalidad, moderó las tasas de la dataría, abolió las coadjutorias y regresos (1), é hizo de manera que los beneficios

(1) Ciacon. l. 3, p. 426; Rain. ann. 1522, n. 19.

solo fuesen conferidos á eclesiásticos virtuosos y capaces. Instado por varias personas de distincion en favor de su propio sobrino, rehusó darle un beneficio porque poseía ya otro de setenta escudos de oro. Y haciéndole presente que esta renta era escasa para el sobrino del Papa, respondió: «Los hombres son para los beneficios, y no los beneficios para los hombres.» Esforzóse en remediar los abusos de la predicacion y de la multiplicacion de indulgencias, aun de las concedidas para la construccion de la iglesia de San Pedro. Se aplicó sobre todo á reformar la disciplina y las costumbres de clero; y para esto tomó tan eficaces medidas, que un reinado mas largo hubiera infaliblemente conducido esta grande obra á su término. Asoció á sí para esta empresa dos varones escelente y muy justamentes respetados, á saber: Juan Pedro Caraffa, arzobispo de Theati, y Marcelo Cayetano de Thiene. Esta solicitud apostólica no le impidió velar sobre los intereses de la Iglesia romana, á la cual hizo restituir, aun con la fuerza de las armas, principados enteros que la habian usurpado, en lo que sin embargo señaló constantemente su moderacion y el singular desinterés que fué una de sus virtudes mas distinguidas.

Antes de la exaltacion de este Pontífice, fastidiado Lutero de su retiro habia vuelto á Witemberg, contra la voluntad del elector de Sajonia, á cuyo limitado talento satisfizo, como acostumbraba, con aquel género de razones que él le sabia acomodar perfectamente. El verdadero motivo era su resentimiento contra Carlostadio, el cual durante esta ausencia habia derribado las imágenes en Witemberg, suprimido la elevacion del Santísimo Sacramento, y hecho muchas innovaciones semejantes: estas mudanzas no eran muy sensibles á Lutero, que acusaba al autor de hacer consistir el cristianismo en cosas vanas: mas no le perdo-

naba, como él se explica claramente, el haber despreciado su autoridad, y haberse erigido, con perjuicio suyo, en jefe de partido. Le reprende (¡ceguedad incomprensible!) de haber obrado sin misión, como si la suya hubiese sido mucho mejor establecida. Volviendo á tocar de paso el género de milagros sobre que la fundaba: «Mi palabra es, dice con su elocuencia de taberna (1), la que mientras yo bebía tranquilamente mi cerbeza con Amsdorf y mi querido Melancton, de tal modo trastornó el Pontificado que jamás consiguió otro tanto potentado alguno.» Añadiendo luego á estas ideas bajas sus sentimientos impíos, «si pretendéis continuar así, prosigue, me desdeciré sin vacilar de todo cuanto he dicho y enseñado hasta el presente, haré de todo mi retractación y os dejaré en el pantano. Sirvaos de gobierno; y sobre todo, ¿qué mal os hace la misa romana?» ¿Será delirante, ó un verdadero atea el que así se mofa de la Religión? Acerca de la comunión bajo las dos especies, que Lutero contaba igualmente entre las cosas de ningún valor establecidas por Carlostadio, véase cómo insultaba á la autoridad más sagrada para los fieles: «Si un concilio, dice (2), ordenase ambas especies, á pesar de este decreto, no usaríamos más que de una ó ninguna, y maldeciríamos á los que las usasen en virtud de semejante ley.»

En la discordia de estos dos novadores había sin embargo un punto muy importante á juicio de Lutero, á saber, el dogma de la presencia real. Le hubieran complacido mucho, según él mismo asegura (3), en suministrarle algún buen medio para negarla; pues no podía hallar cosa mejor, prosigue, para el designio que tenía de des-

(1) Tom. 7, fol. 273 et 275.

(2) Inform. Miss. t. 2, f. 384 et 386.

(3) Tom. 7, f. 501.

truir el Pontificado: mas sobre esto le parecía la Escritura tan clara y tan formal, que no halló medio de oponerse á esta verdad, á no usar de una malicia que no hubiera admitido paliativo alguno, para cegarse á sí mismo sobre este punto. Le causaban una impresión invencible la fuerza y sencillez de estas palabras: *Este es mi Cuerpo; esta es mi Sangre: este Cuerpo entregado por vosotros; esta Sangre del nuevo Testamento, derramada por la remisión de vuestros pecados.* Es necesario hacerle justicia, ó por mejor decir, rendir homenaje á aquella mano invisible y omnipotente que refrena á los impíos mas arrebatados, y no les permite hacer á la Iglesia todo el mal que se proponen. Lo que principalmente le indujo á perseguir á Carlostadio sin miramiento alguno, hasta precisarle á retirarse de Witemberg á Orlemunda, ciudad de Turingia sujeta todavía al elector de Sajonia, fué el error que aquel sostenía contrario á este punto de fé. Pero al mismo tiempo que Lutero admitía la presencia real, negaba la transustanciación y conservaba en la Eucaristía la sustancia de pan. «Creo con Wiclef, decía, que el pan permanece en ella, y con los sofistas (asi llamaba á nuestros teólogos), que existe igualmente el Cuerpo del Señor.» Tal fué su monstruoso sistema de la impanación. Según las explicaciones groseras que hacia, el Cuerpo de Jesucristo estaba con el pan, asi como el fuego con el hierro caliente, ó como el vino en la cuba. Sus discípulos, particularmente Osiandro, entendieron el absurdo hasta sostener que esta unión del Cuerpo y del pan se hacia del mismo modo que se habia obrado en la Encarnación la unión hipostática del Verbo y del hombre; por lo cual podia decirse: «Este pan es el Cuerpo del Señor, este vino es su Sangre;» y por un completo trastorno del lenguaje y del sentido comun: «Este pan es Dios;» extravagancia impía que

adoptaba Osiandro, pero sin aprobacion de Lutero, porque no intentamos recargar su pintura: bástale haber dado lugar á semejante esceso.

Fomentando Carlostadio en Orlemunda la rebelion de los aldeanos, á quienes el libro de la libertad cristiana y las declamaciones de Lutero acerca de las leyes y los legisladores habian sublevado contra sus soberanos, aunque protectores del nuevo Evangelio, envió el elector allá su evangelista, á fin de calmar los ánimos; mas Lutero, por artificio de Carlostadio, fué recibido á pedradas, y casi ahogado con el lodo de que le cubrieron. No fué menos ridiculo lo restante de la escena. Ambos antagonistas escogieron para lugar de su conferencia la posada de la Osa negra (1). Lutero perdonó sin dificultad á Carlostadio el matrimonio sacrilego de que poco antes habia dado el primer ejemplo á los eclesiásticos. Como deseaba con ardor imitarle muy presto, manifestó la satisfaccion que le causaba, y rogó al cielo que fortaleciese á los que abriesen este camino para poner fin al libertinage papístico: ruego tan eficaz, que toda esta gran reforma, como dice Erasmo en tono de burla (2), parece que se redujo á que los frailes colgasen el hábito y se casasen los ecle- rigos; de suerte que en esta trage lia pomposa, el matrimonio era siempre el que deshacia la trama como en las comedias. Pero dirigir votos al cielo en favor de una pasión demasiado eficaz por sí misma para corromper el corazón humano, ¡qué delirio y qué impiedad! Con más seriedad trató Lutero el negocio de los rústicos rebeldes. Después de haberse defendido muy mal de ella Carlostadio, obligó á Lutero á que tratase de defenderse atacando fuertemente su opinion de la presencia real, y le amenazó de que le

combatiria por escrito. Lutero, mirándole con desprecio, le desafió á escribir y sacando de su bolsillo un florin de oro, dijo que se le cedia si sostenia el reto. Carlostadio le toma y le guarda, dándose recíprocamente la mano, prometen hacerse buena guerra, y se confirma el acto al uso del país. Lutero brinda á la salud de Carlostadio y de la obra excelente que amenaza publicar, y Carlostadio corresponde apurando un vaso lleno. Después de lo cual se separan despidiéndose en un tono correspondiente á lo demás de la escena. «¡Ojalá te vea enrodado!» dijo Carlostadio á Lutero.—«¡Y yo á tí degollado antes de salir de la ciudad!» respondió Lutero á Carlostadio (1). Digámoslo otra vez con la expresión del grande obispo de Meaux: «*Ved ahí el nuevo evangelio; ved ahí las actas de los nuevos apóstoles*» (2).

Para evitar cuanto sea posible volver á tratar de unas cosas, cuya relacion apenas la hace tolerable la necesidad de quitar su escándalo, añadiremos aquí, anticipando el curso de los años, que desterrado Carlostadio de todos los Estados del duque Federico de Sajonia, se refugió á Zurich, en la Suiza, en compañía de Zuinglio. Su modo de pensar sobre los sacramentos le hizo hallar al principio buena acogida en aquel luterano transformado en sacramentario; pero temiendo luego Zuinglio partir con él la gloria de haber engendrado esta nueva herejía, de la que en efecto fué padre, abandonó á Carlostadio, el cual cayó en una extrema miseria, viéndose obligado á recurrir á su antiguo maestro y á suavizar su orgullo á fuerza de bajezas. Lutero le obtuvo el permiso de volver á Witemberg, pero con solo el ánimo, al parecer, de gozar mejor del espectáculo de su humillación.

(1) Hospin. Sacr. part. 2, f. 32.

(2) Lib. 19, epist. 3.

(1) Luth. t. 7, f. 509.

(2) Hist. Var. l. 2, n. 11.